

*Dios en el pensamiento hispano del siglo xx.* José Luis Cabria y Juana Sánchez-Gey (eds.). Ediciones Sígueme. Colección El Peso de los Días, Salamanca, 2002.

La idea de Dios, con mayúscula, está presente en el hombre desde que empezó a pensar y no ha dejado de estarlo ni por activa ni por pasiva. De ahí que un libro, como el ahora reseñado, aunque limitado al ámbito del mundo hispánico, sea un reto en unas circunstancias en las que podría parecer que Dios ha dejado de interesar a la clase intelectual, entendida como esa minoría que piensa y se ocupa de lo que la mayoría de la humanidad no se suele ocupar, esto es, de pensar en cosas aparentemente no prácticas, que exigen mucho esfuerzo y se hace a cambio de nada. En efecto, la mayoría de los hombres dedican su tiempo sólo a la formación encaminada al mercado laboral, al trabajo remunerado y al descanso del trabajo u ocio. Pero sigue siendo una minoría la que deportivamente, como decía Ortega, se esfuerza en dedicar su tiempo a pensar, a filosofar.

Mas las preguntas de siempre (qué son las cosas, qué soy, orígenes y destino, etc.) permanecen sin la respuesta adecuada que dé una satisfacción racional a aquéllos que se las formulan. En todo caso, sólo quien vive piadosamente, confiado en las creencias de su religión, puede estar tranquilo, sin angustia vital, sin inquietud ante esas preguntas, porque su religión ya le ha revelado las respuestas adecuadas.

Pues bien, en las circunstancias históricas del siglo xx, cuando la humanidad se ha desangrado en cientos de guerras civiles e internacionales, cuando el hombre ha querido y creído poder conquistar el universo, se ha tropezado una vez más con las inquietantes preguntas de siempre, a las que el progreso técnico e intelectual no ha respondido aún satisfactoriamente. Y una vez más, como había ocurrido ya hace veintiséis siglos con los presocráticos, como ocurriría con el pueblo hebreo, como había ocurrido con los pueblos orientales, *detrás de y más allá de* esas preguntas persistentes aparece y reaparece la idea de Dios. Es por ello por lo que este libro, aunque no lo parezca en un primer momento, encaja bien en el pensamiento actual,

tenía que encajar necesariamente en el balance inicial del pensamiento del hombre del siglo xx, aunque se haya limitado por razones evidentes al pensamiento expresado en lengua española. Filósofos, novelistas, dramaturgos, ensayistas y poetas hispanos del siglo recién acabado han escrito sobre Dios desde perspectivas distintas, con propósitos diferentes, por causas dispares, en circunstancias históricas desiguales, desde creencias a veces opuestas. Pero ahí están los hechos de sus obras publicadas, en las que Dios o las ideas de Dios han ocupado una parte en la expresión de sus pensamientos.

*Dios en el pensamiento hispano del siglo xx* es una síntesis de cuanto han escrito los autores estudiados sobre Dios, sobre lo sagrado y sobre lo divino, y como tal síntesis recoge lo fundamental de sus pensamientos. De ahí que el lector encuentre en estas páginas el inicio de un largo camino que aún está por recorrer, la puerta de acceso a un sendero apasionante en el devenir del pensamiento: en las obras de los autores estudiados hay otras ideas sobre la cuestión que no han podido ser desarrolladas, y hay otros escritores hispanos que no han podido ser estudiados en esta ocasión, pero cuyas ideas sobre Dios son también de interés para la historia del pensamiento del siglo xx.

Los editores, José Luis Cabria y Juana Sánchez-Gey, presentan el libro con unas breves palabras en las que recogen los objetivos de esta publicación (el principal es «invitar a pensar sobre Dios como medio para alcanzar un modo de ser y de vivir más humanos») y las razones por las que se han seleccionado quince autores.

Siguen, a modo de prólogo, unas acertadas reflexiones del teólogo Avelino de Luis Ferreras en las que encuadra el contenido del libro en el devenir filosófico contemporáneo y, particularmente, en el marco general de los comienzos del siglo xxi, que ha quedado marcado por la acción terrorista del once de septiembre de 2001. Concluye el profesor Avelino de Luis recordando cómo cada generación ha de pensar a Dios nuevamente «en cada precisa hora de la historia», porque «un conocimiento mínimo de las realidades altísimas es mucho más deseable que un conocimiento supercierto de realidades bajísimas», como había dicho Aristóteles.



El primer capítulo reúne cuatro estudios y está dedicado a los maestros que han marcado las sendas filosóficas de destacados discípulos posteriores. Tras una pequeña introducción en la que los maestros son situados en coordenadas generacionales (Unamuno y Ruibal en 1898, Ortega en 1914, Zubiri en 1927), se inicia el estudio de José Luis Abellán sobre «el Dios personal de Unamuno y su fondo existencial trascendente». Unas pinceladas biográficas dan paso al análisis de las ideas esenciales extraídas de su principal obra filosófica *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos* (1913). Con una concisión admirable el profesor Abellán destaca el proceso seguido por Unamuno (1864-1936) en busca de una vitalidad impercedera apareciendo la figura de Dios en una constante paralela a la búsqueda de la inmortalidad. Frases como «Mi idea de Dios es distinta cada vez que la concibo», o cuando comprende que la razón no puede abrirse a la revelación de la vida y concluye que «es un trágico combate, es el fondo de la tragedia, el combate de la vida con la razón». Parejas conceptuales desarrolladas por Unamuno como ciencia —razón y religión— vida desembocan en soluciones incompatibles, como cuando subraya una de las claves unamunianas: «un profundo sentido de lo espiritual y lo religioso para cuya comprensión utilizaba un concepto de razón científica que era incompatible con aquél». El pensamiento y la obra de Unamuno no eran ajenos a la crisis cultural de finales del siglo XIX, más bien eran el fiel reflejo de esa crisis: la misma teoría evolucionista de Darwin le llevó a cristianizarla, cuando interpretó que la figura de Cristo sería la culminación de la evolución humana en la que «Dios se expresa como *Conciencia Universal*, que desarrollará también en su conocido poema *El Cristo de Velázquez* (1920) y que había anticipado en *Del sentimiento trágico...*: «y es que sentimos a Dios, más bien que como una conciencia sobrehumana, como la conciencia misma del linaje humano todo [...] La divinidad que hay en todo [...] la sentimos personalizada en Dios». La expresión unamuniana «De Dios a Dios» es otra idea analizada por José Luis Abellán, con la que se quiere deslizar el concepto de Dios de la persona de Dios y entre otras frases reproduce aquella en la que *casi*

condena la razón [la filosofía]: «mientras peregriné por los campos de la razón a [la] busca de Dios, no pude encontrarle porque la idea de Dios no me engañaba, ni pude tomar por Dios a una idea», y concluiría más adelante diciendo: «pero al ir hundiéndome en el escepticismo racional de una parte y en la desesperación sentimental de otra, se me encendió el hambre de Dios y el ahogo de espíritu me hizo sentir con su falta su realidad».

Los comentarios de Abellán son agudos y esenciales para comprender mejor la repercusión que las ideas de Unamuno, maestro, tuvo en varios de sus discípulos y admiradores, como sería el caso de María Zambrano. Por ejemplo, el tema del corazón, frente a la razón, será entendido como algo más que el motor de la vida, porque *sintiendo* (con el corazón) paliará o equilibrará los efectos nocivos de la razón cuando ésta actúa hegemónicamente. La expresión de Unamuno recogida por Abellán dice así: «El Dios racional, es decir, el Dios que no es sino Razón del Universo, se destruye a sí mismo en nuestra mente en cuanto tal Dios, y sólo renace en nosotros cuando en el corazón lo sentimos como persona, vida, como Conciencia, y no ya sólo como Razón impersonal y objetiva del Universo». Así el Dios de Unamuno no sólo tendrá sentido por sí mismo, sino que significará la salvación para el hombre: su inmortalidad: «Y si crees en Dios, Dios cree en ti, y creyendo en ti te crea de continuo».

Más Abellán continúa analizando otra vertiente del Dios unamuniano, la parte femenina de Dios, la idea de Madre, una idea modélica de Madre que hace de este concepto un complemento necesario de la misma divinidad: para la Madre «no hay más justicia que el perdón ni más ley que el amor» dirá en la *Vida de Don Quijote y Sancho*. Y no podía faltar en un comentario sobre la obra de Unamuno la referencia a España, una España cristiana y mariana a la que llamará «madre mía, madre España».

El segundo autor estudiado es Amor Ruibal (1869-1930), filólogo y teólogo que desarrolló parte de su actividad universitaria organizando los Programas de Lenguas Bíblicas y de Lecciones Teológicas, además de escribir varios tratados de Gramática Comparada. Andrés Torres



Queiruga hace una síntesis biográfica de este rompedor de la cultura eclesiástica y neoescolástica, que vivió gran parte de su vida aislado, pero que bien pudo haber compartido las inquietudes de la Institución Libre de Enseñanza y de las generaciones del 98 y del 14. La obra de Ruibal se define por el «esfuerzo en elaborar un nuevo modelo de abordar el descubrimiento de la existencia de Dios y el conocimiento de su ser», lo que le llevaría a un análisis de la situación actual del tema, a una crítica del pensamiento tradicional y a intentar una nueva fundamentación: su propuesta. Torres Queiruga explica varias ideas del pensamiento ruibaliano: el conocimiento espontáneo, las pruebas de la existencia (tradicionales, relatividad: «así a la unidad y pluralidad en el universo, responde la unidad y pluralidad [dualismo] entre el universo y Dios»), el conocimiento de Dios y sus atributos, etc. Nos parece que este estudio de Torres Queiruga puede ser el trampolín que la obra de este pensador gallego necesita para que sea conocida por un público más amplio que el que hasta ahora ha podido acceder a ella, porque si interés científico guarda su obra teológico-filosófica, no menor interés reúne su obra filológica prácticamente desconocida en los ámbitos universitarios.

El siguiente capítulo analiza la obra de Ortega y Gasset (1883-1955) en lo que concierne a Dios y a sus creencias y actitudes religiosas. Permítaseme que por ser quien suscribe el autor de ese capítulo, no entre en comentario concreto, sino que sólo recoja el índice general del estudio (introducción, creencias religiosas según sus escritos, pensamientos sobre Dios, definiciones, alusiones, e historia de la idea de Dios, y conclusiones con bibliografía selecta). No todo lo que Ortega escribió de Dios, de lo sagrado, de lo divino y de los dioses está recogido en ese capítulo, porque sintetizarlo exigiría un libro tan extenso como el que reseñamos dedicado a Ortega solamente. Pero la intención del proyecto de los editores, transmitir la presencia de Dios, sea desde la perspectiva de un creyente, sea desde la perspectiva de un filósofo no creyente, en escritores hispanos del siglo xx, en lo que a Ortega se refiere ha quedado apuntada. En las notas a pie de página y en la bibliografía, selecta

por razón de espacio, hay indicaciones suficientes para quien quiera avanzar más en esta línea de estudio.

El cuarto maestro, Xavier Zubiri (1898-1983), es estudiado por uno de los dos editores, José Luis Cabria, especialista en la obra de este pensador donostiarra, cuya vida ha sido definida como «voluntad de verdad». Ordenado sacerdote en 1921, obtuvo la dispensa del sacerdocio en 1936 y contrajo matrimonio con Carmen Castro, hija del historiador Américo Castro. Formado en Madrid con Ortega y en Friburgo con Husserl y Heidegger, conoció la obra científica, filosófica y teológica de Einstein, Schrödinger, Planck, Goldstein, Jäger, Hartmann, Guardini, etc.; estudió en Roma lenguas clásicas y orientales y reanudó por unos años su enseñanza universitaria en Barcelona; pero las circunstancias de la posguerra le llevaron a abandonar la universidad y a dedicarse a la actividad del pensamiento, a traducir y a colaborar en la Sociedad de Estudios y Publicaciones. Su obra es definida por el autor del capítulo como un diálogo permanente con «la historia toda del pensamiento, la ciencia en sus avances y la religión en sus teologías» y el tema central de su pensamiento será inequívocamente el problema de Dios, «paradigma» para los otros temas filosóficos abordados y «significativo», porque con ese problema inició su andadura (como libro en *Naturaleza. Historia. Dios*, 1944) y con ese tema terminó su vida, aunque sin ver acabada la obra que sería publicada póstumamente por Ignacio Ellacuría (*El hombre y Dios*, 1984). El profesor Cabria hace en un tercer apartado un recorrido por la historia de su obra, por su reto para acceder por vía intelectual a Dios, y lo divide en tres partes que sitúa en 1935 cuando se ocupa del problema de Dios desde una fenomenología antropológica, en 1963 cuando sistematiza la justificación intelectual de Dios (deidad, realidad divina, Dios), y en 1975 cuando explica la dimensión teologal del hombre como desarrollo de la «religación» estructural de la realidad humana y de toda la realidad. Un cuadro sinóptico (p. 133) ilustra la explicación de este proceso. El cuarto apartado, «La fundamentalidad del Dios accesible», es de sumo interés, por cuanto que explicita la aportación principal de Zubiri al pen-

samiento, desde nuestro modesto punto de vista, «la razón sentiente en búsqueda del fundamento de la realidad humana: Dios». Finaliza José Luis Cabria su estudio concluyendo con la idea zubiriana de que se puede llegar filosóficamente a Dios por vía de la *religación a Dios* «en tanto que Dios», al Dios de las religiones, al mismo Dios a quien se reza.

El segundo capítulo recoge los estudios sobre cuatro discípulos de estos maestros: María Zambrano, Laín Entralgo, López Aranguren y Julián Marías. Tras una breve introducción a los cuatro escritores, Juan Fernando Ortega Muñoz analiza la obra de María Zambrano (1904-1991), de la que destaca sus reflexiones sobre lo sagrado y lo divino (carta que le dirigió el 23-IV-1981) para superar el racionalismo. Después de recoger los principales datos biográficos y las personalidades de la cultura que más le influyeron, Ortega Muñoz se adentra en el análisis de algunas ideas expresadas en uno de los más importantes libros de la escritora malagueña, *El hombre y lo divino* (Méjico, 1955), que marcaría el posterior devenir de su pensamiento. Son numerosas las ideas que se encadenan en este importante libro del pensamiento universal del siglo XX: el hombre por sí mismo, sin una realidad abismal, no puede vivir; o cuando afirma que «el hombre ha existido cuando, frente a los dioses, ha ofrecido una resistencia, pues antes que entrar en lucha con otro hombre y más allá de esa lucha, aparece la lucha con ese algo que más tarde, después de largo y fatigoso trabajo, se llamarán los dioses». El hombre se ha situado en la sede vacante que ha dejado Dios, pero al revelarse el hombre en el horizonte de la divinidad, se ha creído divino, se ha deificado: es el «acontecimiento más grave de cuantos pueden haber conmovido los tiempos actuales», a lo que añadirá que este hombre que se cree divino viste un traje demasiado grande, que más parece un payaso, y que pierde de vista su condición de individuo; su cómica divinización es principio de su autodestrucción. El recorrido del análisis es necesariamente sintético: los dioses griegos, el dios de la filosofía, el Dios cristiano, la nada divinizada, ídolos actuales, etc., desfilan por este interesante capítulo que rinde un merecido homenaje a una mujer que quiso ser filósofa por

encima de todo y que se le tuvo en el olvido durante demasiado tiempo en la tierra que tanto amaba y padecía. Fue precisamente el interés del autor de este capítulo y algún escrito de Fernando Savater (*El País*, 28-I-1981) los que finalmente conmovieron a ciertas instituciones públicas para que Zambrano regresara a España (20-XI-1984) y viviera sus últimos años con cierta dignidad; se le concedieron los Premios «Príncipe de Asturias» (1981) y «Cervantes» (1988).

El comentario breve sobre cada uno de los apartados de este denso libro haría muy extensa esta reseña. Baste recordar los títulos y nombres de los estudios que siguen para dar cuenta al lector del gran interés que desde la perspectiva del pensamiento actual han tenido y tienen las ideas sobre Dios en los escritores hispanos del último siglo: del ilustre profesor de Historia de la Medicina, Pedro Laín Entralgo (1908-2002), se ha ocupado el emérito catedrático de Filosofía de la Universidad Complutense Luis Jiménez Moreno; de José Luis López Aranguren (1909-1996) se ha ocupado el editor de sus *Obras Completas*, Feliciano Blázquez; del académico Julián Marías (1914-) se ha ocupado la editora del libro y profesora de la Universidad Autónoma, Juana Sánchez-Gey, a quien agradecemos su continuo asesoramiento. En el tercer capítulo (generación de posguerra) se estudia la obra de Gustavo Bueno (1924-) por parte de Alfonso Fernández Tresgüeres, miembro de la Fundación que lleva el nombre del filósofo asturiano, y de José Manzana (1928-1978) por parte de Jesús Yusta Sáinz, filósofo y teólogo. El cuarto capítulo (filósofos jóvenes) estudia a Xavier Rubert de Ventós (1939-) por parte de Ángel Casado Marcos de León; a Eugenio Trías (1942-) por parte de José Manuel Martínez Pulet, y a Fernando Savater (1947-) por parte de Avelino Revilla Cuñado. El quinto capítulo ofrece un panorama de la filosofía hispanoamericana por parte de Alberto Buela Lamas, en el que, en una segunda parte, se analiza la obra de Leonardo Castellani (1899-1981), de Alberto Wagner de Reyna (1915-) y de Nimio de Anquín (1896-1979). Un sexto capítulo ha esbozado lo que podría ser un análisis del mismo tema pero centrado en el género de la novela hispana: Eloy Bueno de la Fuente se ha ocupado de presentar un elenco de autores actuales como Terenci Moix,

Luis Mateo Díez, Ana María Matute, Luis A. de Villena, Rosa Montero, Lurdes Ortiz, José Luis Sampedro; ha presentado algunos rasgos de sus obras vinculados con el tema de Dios y ha analizado cómo cada escritor trata de Dios y sobre Dios y los dioses.

Como ya hemos indicado, el tema de este libro es una muestra de cómo las cosas no son como parecen o como algunos dicen que son: Dios es un tema que ha sido y sigue siendo objeto del pensamiento del hombre actual, aunque para algunos ocuparse de Dios no sea hoy una tarea «útil». Seguramente tampoco lo sea ocuparse de otras cuestiones filosóficas, como las antropológicas, sociales, éticas o religiosas.

Tal vez la no utilidad aparente de algunas de estas cuestiones reflejen cierta ceguera o miopía, cierta carencia de algún sentido en aquéllos que así lo consideran, como decía Ortega de cierto ateneísta que se proclamaba «ateo». El hecho es, como dice Avelino de Luis en el prólogo del libro, que en las obras de todos estos escritores, ateos, agnósticos, escépticos o creyentes, Dios y la divinidad están presentes, se reflexiona sobre él y sobre ella, y se prueba que el hombre por activa o por pasiva vive y convive con la idea o con las ideas de Dios o de un dios, sea para estudiarlo o sea, incluso, para negarlo.

LUIS MIGUEL PINO CAMPOS

